

AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

Gil Blas adquiere un buen conocimiento, y logra un empleo que le consuela de la ingratitud del Conde Galiano.

Historia de D. Valerio de Luna.

Como no habia oido hablar de Nuñez en todo este tiempo, creí estaria en alguna casa de campo. Luego que pude caminar salí para visitarle, y supe en efecto que habia tres semanas que estaba en Andalucía con el Duque de Medianadionis.

Al despertarme una mañana se me vino á la memoria Melchor de la Ronda, y me acordé que le habia ofrecido en Granada ver á su sobrino si volvía á Madrid; y queriendo cumplir mi promesa, en el mismo dia me informé de la casa de Don Baltasar de Zúñiga, y pasé á ella. Pregunté por el señor Josef Navarro, quien salió de allí á poco: habiéndole saludado y dicho-

le

le quién era, me recibió con un ayre político, pero frio: no podia conciliar aquel recibimiento con el retrato que se me habia hecho de este oficial primero. Me retiraba ya resuelto á no volver á hacer otra visita, quando habiendo tomado de un golpe un ayre desembarazado y risueño, me dixo con mucha vivacidad: ¡ah! Señor Gil Blas de Santillana, hágame Vmd. el favor de perdonar por el recibimiento que le he hecho. Mi memoria tiene la culpa de que yo no me haya mostrado segun la prevencion que tengo á favor de Vmd.; se me habia olvidado su nombre, y como hace ya quatro meses que recibí la carta de Granada, en que me recomendaban á Vmd. ya no pensaba en tal hombre.

Se arrojó á mi cuello y me abrazó trasportado: mi tío Melchor, me dixo, á quien amo y venero como á mi propio padre, me manda que si por acaso tengo el honor de ver á Vmd. le trate del mismo modo que si fuera Vmd. su hijo, y en caso necesario que emplee mi crédito, y el de mis amigos en obsequio de Vmd. Me hace el elogio del corazon y entendimiento de Vmd. en tales términos, que aun quando su recomendacion no mediára me interesaria en servirle. Míreme Vmd., pues, le suplico, como un hombre á quien mi tío por su carta ha comunicado todo el afecto que tenia á Vmd.: seamos, pues, amigos.

A la política de Josef respondí con el agradecimiento debido, y en la hora misma formamos

mos una estrecha union siendo ambos vivos y sinceros. No tuve reparo en contarle mi triste condicion, y apenas la oyó quando me dixo: quedo con el cuidado de acomodar á Vmd., y entre tanto no dexé Vmd. de venir á comer aquí todos los dias, en donde tendrá mejor ordinario que en su posada.

La oferta lisonjeaba mucho á un convaleciente sin dineros, y acostumbrado al buen plato para hacerse de rogar: la acepté, y me rehice tanto en esta casa que á los quince dias mi cara era de Monge Gerónimo. Me parece que el sobrino de Melchor hacia su agosto á la ley, ¿pero cómo no hacerlo? él tenia tres cuerdas en su arco; á un mismo tiempo era repostero, oficial primero y *dispensero*. Ademas, dexando á un lado nuestra amistad, yo creo que él y el mayordomo de la casa iban á una para hacer su negocio.

Ya estaba perfectamente restablecido quando habiéndome visto mi amigo Josef llegar á casa de Zúñiga para comer allí, segun mi costumbre, me dixo con alegría: Señor Gil Blas, tengo que proponeros un acomodo muy bueno: sepa Vmd. que el Duque de Melar, primer Ministro de España, necesitando entregarse enteramente al despacho de los negocios de Estado, se vé precisado á confiar los suyos á otros; para recaudar sus rentas ha escogido á Don Diego Monteser, y ha encargado el cuidado del gasto de su casa al Baron de Roncal: estos dos confidentes exer-

cen

cen sus empleos con una autoridad absoluta, y sin depender el uno del otro. Don Diego tiene de ordinario dos administradores que hacen la recoleccion; y como supe esta mañana que habia despedido uno, fui á pedir su plaza para Vmd. El señor de Monteser que me conoce, y de quien puedo lisonjearme soy amado, me ha dado el sí sin dificultad por los buenos informes que le he dado de las costumbres y capacidad de Vmd., y en esta misma siesta hemos de ir á su casa.

No dexamos de hacerlo asi; fui recibido con agrado, y puesto en el empleo del administrador que habia sido despedido. Este consistia en visitar nuestras heredades, en repararlas, cobrar sus arrendamientos, y en una palabra, era de mi incumbencia cuidar de los bienes del campo. Todos los meses daba mis cuentas á Don Diego, quien á pesar de los buenos oficios de mi amigo las examinaba con mucha atencion; pero esto era lo que yo queria, porque aunque mi arreglo habia sido tan mal pagado en casa de mi último amo, estaba resuelto á conservarlo siempre.

Supimos un dia que se habia pegado fuego á la casa de Melar, y que se habia hecho cenizas mas de la mitad: inmediatamente pasé á ella para reconocer el daño. Habiéndome informado con exâctitud de las circunstancias del incendio compuse una amplia relacion que Monteser manifestó al Duque de Melar. El Minis-

TOMO III.

R

tro

tro en medio de su desazon con tan mala nueva admiró la relacion, y preguntó quién era el autor. Don Diego no se contentó con decirse-lo, sino que le habló tan ventajosamente de mí que tres meses despues se acordó S. E. con la ocasion de una historia que voy á contar, y sin la qual puede ser que jamas hubiera yo tenido empleo en la Corte, y es como se sigue.

En la calle de las Infantas vivia entonces una dama anciana, llamada Inesilla de Cantarilla: no se sabía á la verdad su origen: unos decian era hija de un guitarrero, otros de un caballero del Orden de Santiago. Fuese lo que fuese, ella era una persona prodigiosa, la naturaleza la habia dado el singular privilegio de encantar á los hombres por toda su vida, que era ya de quince lustros. Habia sido el ídolo de los señores de la Corte antigua, y estaba adorada de los de la nueva: el tiempo, que no reserva la hermosura, se exercitaba en vano en disminuir la suya: la marchitaba, pero no la podia impedir que agradase. Un ayre de nobleza, un entendimiento embelesador con mil gracias naturales la hacian excitar pasiones hasta en su vejez.

Don Valerio de Luna, mozo de veinte y cinco años, y uno de los secretarios del Duque de Melar vió á Inesilla, y se enamoró de ella: se declaró, hizo el apasionado, y persiguió su caza con toda la furia que el amor y la juventud pueden inspirar. La señora que tenia sus ra-

zones para no querer condescender con sus deseos, no sabia que hacer para moderarlos: no obstante creyó un día haber encontrado el medio: hizo que pasase el joven á su gabinete, y allí le hizo ver un reloj que estaba sobre una mesa; ¿ves, le dixo, la hora que es? Pues hoy hace setenta y cinco años que nací á la misma: á fe que me sentarian bien las galanterías en esta edad. Entrad, hijo mio, en vos mismo: ahogad esos sentimientos, que ni á mí ni á vos convienen. A este sensato discurso el caballero que no conocia la autoridad de la razon respondió á la señora con toda la impetuosidad de un hombre poseido de los movimientos que le agitaban: cruel Inés, ¿por qué recurrís á estas frívolas mañas? ¿Pensais que pueden ellas hacer que parezcáis otra á mis ojos? No os lisonjeeis de una tan falsa esperanza; ya seais tal qual os veo, ó ya mi vista padezca alguna ilusion, yo no he de cesar de amaros. Está bien, repitió ella: pues que tan tercamente quereis continuar en vuestras pretensiones, de aqui adelante tendreis cerrada mi puerta; os prohibo y os mando que jamas parezcáis delante de mí.

Creeréis acaso que desconcertado Don Valerio con lo que acababa de oír se hubiese retirado cortesmente? pues todo lo contrario; antes se hizo mas importuno. El amor hace en los amantes el mismo efecto que el vino en los borrachos: suplicó, suspiró, y pasando pronta-

mente de los ruegos á las violencias, quiso lograr por fuerza lo que no podia obtener de grado; pero la señora despidiéndole animosamente le dixo irritada; detente temerario, yo refrenaré tu loco amor: sabe que eres mi hijo.

Don Valerio aturdido con estas palabras suspendió su violencia; pero habiendo imaginado que Inesilla decia aquello para librarse de sus solitudes la respondió: inventais esta fábula para escaparos de mis deseos? No, no, interrumpió ella: os descubro un secreto que siempre hubiera tenido oculto, si no me hubieras reducido á la necesidad de revelártelo. Veinte y seis años hace que amaba á Don Pedro de Luna, tu padre, que era entonces Gobernador de Segovia; tú has sido el fruto de nuestros amores: te reconoció, te hizo criar con cuidado; y ademas de que no tenia otro hijo, tus buenas propiedades le hicieron pensar en dexarte caudal. Yo por mi parte no te he abandonado, luego que te ví con conocimiento he procurado atraerte á mi casa para inspirarte aquellos modos delicados que son tan necesarios en un galan, y que las mugeres solas pueden hacer adquirir á los jóvenes; mas he hecho: todo mi crédito lo he empleado para ponerte en casa del primer Ministro: en fin, me he interesado por tí como por un hijo. Sabido esto mira lo que determinas: si puedes purificar tus cariños, y mirarme solo como á madre, no te apartaré de mi presencia, y te amaré tan tiernamente

co

como hasta aquí; pero si no has de poder hacer sobre tí este esfuerzo que pide la razon y la naturaleza, desde este momento librame del horror de verte.

Quando hablaba Inesilla de esta suerte, Don Valerio guardaba un triste silencio: nadie hubiera dicho sino que escogia la virtud para vencerse á sí mismo; pero esto era en lo que menos pensaba. Meditaba otro designio, y preparaba á su madre un espectáculo muy diferente: siendo insuperable el obstáculo que se oponia á su felicidad, se rindió cobardemente á la desesperacion; sacó su espada, y se pasó con ella. Se castigó como un otro Edipo, con la diferencia de que el Tebano se cegó con la rabia de haber consumado el delito; pero al contrario el Castellano se traspasó de dolor por no haberlo podido cometer.

El desgraciado Don Valerio no murió al instante, tuvo tiempo de reconocerse y pedir perdon al Cielo de su delito. Como por su muerte quedó vacante el empleo de Secretario en casa del Duque de Melar, este Ministro que no habia olvidado la relacion que hice del incendio, ni el elogio que de mí se le habia hecho, me eligió para ocupar el lugar de este joven.

CA-

CAPITULO II.

Gil Blas es presentado al Duque de Melar, que le recibe en el número de sus Secretarios. Este Ministro le ocupa, y queda agradado de su trabajo.

Monteser me anunció esta agradable nueva diciéndome: amigo Gil Blas, siento os apartéis de mí, pero os estimo, y no puedo menos de alegrarme seáis sucesor de Don Valerio. Hareis buena fortuna si seguís los dos consejos que os daré: el primero, que os mostreis tan amante de S. E. que juzgue le sois apasionado; y el segundo, que cortejeis mucho al Baron de Roncal, porque este hombre maneja el espíritu de su amo como una cera blanda. Si teneis la fortuna de agradar á este Secretario favorito, alcanzaréis mucho en poco tiempo.

Dí las gracias á Don Diego por sus buenos consejos, y le dixé: hágame Vmd. el favor de instruirme del carácter del Baron. He oido decir que es un sugeto nada bueno; pero aunque alguna vez el pueblo acierta en sus juicios, no me fio de las pinturas que suele hacer de las personas que se hallan en candelero. Por tanto yo ruego á Vmd. me diga lo que piensa del

se

señor de Roncal. Asunto es delicado, me respondió el superintendente con una risa maligna: á qualquiera otro diria sin detenerme que es un hidalgo honrado de quien nada malo se podía decir; pero contigo quiero ser franco; porque ademas que conozco tu prudencia, estoy obligado á hablarte claramente, pues te he avisado que debes tratarle con maña. Si me portára de otro modo te favoreceria á medias.

Ya sabes que el Baron de Roncal era un simple criado de S. E. quando todavía no era éste mas que Don Francisco de Onvaldas, y que de grado en grado ha llegado á ser su Secretario. No se ha visto jamas hombre mas vano; se cree un colega del Duque de Melar, y en efecto bien puede decirse que parte con el primer Ministro su autoridad, pues que da gobiernos y empleos á quien le parece; el pueblo murmura, pero él no hace caso; con tal que saque lo que llamamos para guantes, cuida muy poco de la censura pública. Por lo que acabo de decir conocerás como debes portarte con un hombre tan orgulloso. ¡Oh! bien está; déxeme Vmd. á mí: muy mal han de andar las cosas para que no me ame; quando se conoce el flaco de un hombre á quien se intenta agradar, es preciso ser poco diestros para no conseguirlo. Siendo así, dixo Monteser, vamos, que voy á presentarte en la hora al Duque de Melar.

Al instante pasamos á casa del Ministro, á quien encontramos dando audiencia en una gran-
de

de sala, en donde habia mas gente que en Palacio. Allí ví Comendadores, Caballeros de Santiago y de Calatrava, que solicitaban Gobiernos y Vireynatos, Obispos que siendo sus Diócesis contrarias á su salud querian los hiciesen Arzobispos, nada mas que por mudar de ayres; y tambien muy buenos Religiosos que pedian con toda humildad Mitras: ví tambien Oficiales reformados haciendo el mismo papel que el Capitan Chinchilla, esto es, que se consumian esperando una pension. Si el Duque no llenaba los deseos de todos, recibia á lo menos agradablemente sus memoriales, y advertí que respondia cortesmente á los que le hablaban.

Esperamos con paciencia que despachára todos los pretendientes. Entonces Don Diego le dixo: Señor, aquí está Gil Blas de Santillana, á quien V. E. ha elegido para ocupar el empleo de Don Valerio. Miróme el Duque y me dixo con mucho agrado, que lo tenia merecido por los servicios que le habia hecho. Me hizo despues entrar en su gabinete para hablarme á solas, ó mas bien para formar juicio de mis talentos por la conversacion. Quiso saber quien era, y la historia de mi vida, exigiendo de mí una narracion sincera de ella. ¡Qué relacion tan particular la que se me pedia! Mentir á un Ministro de España no era regular; y por otra parte habia tantas cosas que podian mortificar mi vanidad que no podia resolverme á hacer una confesion general.

;Y

¿Y cómo salir de este embarazo? Tomé el partido de disimular la verdad en los puntos en que me hubiera avergonzado de haberla dicho desnuda; pero á pesar de todo mi artificio no dexó de percibirla. Señor de Santillana, me dixo sonriéndose al fin de mi narracion, á lo que veo Vmd. ha sido un poco pícaro. Señor, le respondí sonrojado, V. E. me ha mandado que sea sincero, y le he obedecido. Yo te lo apruebo, replicó: ve, hijo mio, que te has portado; estraño que el mal exemplo no te haya perdido enteramente. ¡Quántos hombres de bien se hubieran pervertido si la fortuna los hubiera puesto en tales pruebas!

Amigo Santillana, continuó el Ministro, no te acuerdes mas de lo pasado, piensa solamente que perteneces al Rey, y que te has de ocupar ya en su servicio. Sigüeme que voy á decirte quáles han de ser tus ocupaciones. A estas palabras el Duque me llevó á un gabinetillo inmediato al suyo, en donde tenia sobre estantes una veintena de registros en folio muy gruesos. Vé aquí en donde has de trabajar. Todos estos registros que ves componen un diccionario de todas las familias nobles que hay en los Reynos y Principados de la Monarquia Española. Cada libro contiene por orden alfabético en compendio la historia de todos los hidalgos del Reyno, en la qual se especifican los servicios que ellos y sus antepasados han hecho al Estado, como tambien los negocios de honor que les han

han ocurrido. Tambien se hace mencion de sus bienes, costumbres, y en una palabra, de todas sus buenas ó malas qualidades: de modo que quando piden algunas gracias, veo de una ojeada si las merecen. A este fin tengo asalariados en todas partes, que procuran informarse é instruirme enviándome sus memorias; pero como vienen tan difusas y llenas de expresiones provinciales, es necesario compilarlas y pulir la diction, porque el Rey hace algunas veces que le lean estos registros. Este trabajo pide un estilo limpio y conciso, por lo qual desde este instante quiero emplearte en él.

Diciendo esto sacó de una gran cartera llena de papeles una memoria que me alargó. Salió de mi gabinete para que con libertad hiciese yo el primer ensayo. Leí el sumario, que no solamente me pareció lleno de términos bárbaros, sino tambien muy apasionado. Su autor era no obstante un frayle de la ciudad de Solsona. Afectando su Reverencia el estilo de un hombre de bien, desgarraba sin misericordia á una buena familia Catalana, y sabé Dios si diria la verdad. Me pareció leía un libelo infamatorio, y por tanto escrupulicé trabajar en él. Temia hacerme cómplice de una calumnia: no obstante, aunque recién ido á la Corte pasé por alto el mal ó bien obrar del Religioso; y dexando á su cargo toda la iniquidad, si la habia, principié á deshonnar con bellas frases Castellanas dos ó tres generaciones que acaso serian muy hon-

honradas. Ya habia compuesto quatro ó cinco páginas quando el Duque deseoso de saber qué tal lo hacia, volvió y me dixo: Santillana, á ver lo que has hecho, que quiero verlo. Al mismo tiempo puso la vista sobre mi escrito, y leyó el principio con mucha atencion. Yo me sorprendí al ver lo que le gustó. Aunque estaba tan prevenido en tu favor, me dixo, te confieso que has superado mi expectacion. No solamente escribes con toda la limpieza y precision que yo quiero, sino que todavía encuentro tu estilo ligero y festivo. Bien me justificas de la eleccion que he hecho de tu pluma, y me consuelas de la pérdida de tu predecesor. El Ministro no hubiera limitado á esto mi elogio si no hubiera venido su sobrino el Conde de Sumel á interrumpirle quando hablaba estas palabras. S. E. le abrazó muchas veces y le recibió de un modo que me dió á entender le amaba tiernamente. Los dos se encerraron para hablar en secreto de un negocio de familia de que hablaré despues, y de cuyo asunto estaba el Duque entonces mas ocupado que de los del Rey.

Mientras estaban encerrados oí las doce. Como sabia que los secretarios y covachuelistas dexaban en esta hora el bufete para ir á comer á donde querian, dexé en aquel estado mi ensayo y salí para ir, no á casa de Monteser, porque ya me habia pagado mis salarios y me habia despedido de él, sino á la mas famosa hosteria del barrio de Palacio. Una de las ordinarias no

convenia á mi persona. Piensa que sirves al Rey. Estas palabras que el Duque me habia dicho se me venian sin cesar á la memoria, y eran otras tantas simientes de ambicion que fermentaban de instante á instante en mi ánimo.

CAPITULO III.

Sabe que su empleo no dexa de tener desazones. De la inquietud que le causó esta nueva, y la conducta que se vió obligado á observar.

Al entrar tuve gran cuidado de instruir al hosterero de que era un secretario del primer Ministro, y en calidad de tal no sabia que pedir para mi comida. Temia pedir cosa que oliese á estrechez, y así le dixé me diese lo que quisiese. Me regalo muy bien y me hizo servir como á persona de consideracion, lo que me llenó mas que la comida. Al pagar arrojé sobre la mesa un doblon, y cedí á los criados lo que debian volverme, que seria á lo menos la quarta parte, saliendo de la hostería con gravedad, sacando el pecho en ademan de un jóven muy pagado de su persona.

A los veinte pasos habia una gran posada en donde de ordinario se hospedaban señores extranjeros. Alquilé un aposento de cinco ó seis

seis piezas con buenos muebles, como si ya tuviese dos ó tres mil ducados de renta. Tambien dí de adelantado el primer mes. Despues de esto volví al trabajo y ocupé toda la siesta en continuar lo que habia comenzado por la mañana. En un gabinete próximo al mio estaban otros dos secretarios, pero éstos no hacian mas que poner en limpio lo que el mismo Duque les daba á copiar. Desde la misma tarde al retirarnos me hice amigo de ellos, y para ganar mejor su amistad los llevé á casa de mi hosterero, en donde les dispuse los mejores platos, que ofrecia la estacion y los vinos mas delicados y estimados en España.

Nos pusimos á la mesa, y principiámos á conversar con mas alegría que entendimiento, porque sin hacer agravio á mis convidados percibí facilmente que no debian á sus talentos los empleos que ocupaban. Eran hábiles á la verdad en hacer bellas letras redondas y bastardillas; pero no tenian la menor tintura de las que se enseñan en las Universidades.

En recompensa sabian maravillosamente lo que les tenia cuenta, y me dieron á entender que no estaban tan satisfechos de su acomodo en casa del primer Ministro que no pudiesen quejarse de su estado. Cinco meses ha que servimos, decia uno, á nuestra costa. No nos dan nuestros salarios, y lo peor es que ni aun están arreglados. No sabemos sobre qué pié servimos. Por lo que á mí toca, decia el otro, me con-